

Una experiencia

“Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo”, escribe Gabriel García Márquez al comienzo de *Cien Años de Soledad*. La pretensión del padre de enseñar a su hijo una pequeña parte del mundo y la imagen del niño sorprendido ante algo duro, transparente y frío es un ejemplo hermoso de lo que debe ser la experiencia.

Como en una reedición viviente del *Mito de la Caverna* de Platón, todavía hoy hay quien habita entre cuatro paredes, en un mínimo espacio al que cree el mundo. Para éstos, todo es fácil porque todo está a mano y es controlable, y todo lo creen saber porque nada saben de lo que existe más allá de lo que ven o tocan.

El que sale de su casa a explorar la ciudad, se sorprende con lo que ve y se da cuenta de lo que ignora. Y el que sale de su ciudad para explorar el mundo acaba abrumado por los caminos que se le abren –más mientras más anda– y, sabedor de que cada día es menos lo que sabe en comparación con lo que no sabe, concluye que es un gran ignorante.

Por supuesto, la casa es sólo una metáfora, como lo son los caminos y los campos abiertos, pues las limitaciones de los hombres son sobre todo mentales.

En busca de esa sabía ignorancia, que vuelve a algunos viejos tolerantes y escépticos, un grupo de amigos hemos llevado a nuestros hijos a conocer la nieve y, de paso, o quizá fundamentalmente, a que convivan entre ellos y a convivir entre nosotros. Quizá dentro de muchos años, en circunstancias mejores que las que tuvo el desafortunado coronel Aureliano Buendía, los que entonces serán hombres y mujeres recuerden esos días gloriosos en que sus padres los llevaron a conocerse mejor.

Juan Bosco Castilla